



MIOSOTIS JONES
AUTORA

ALQUIMIA DEL DIVORCIO
DOLOR + PERDÓN ∞ ÉXITO



ALQUIMIA DEL DIVORCIO

DOLOR + PERDÓN ∞ ÉXITO



MEMORIA

ALQUIMIA
DEL
DIVORCIO
DOLOR + PERDÓN ∞ ÉXITO

MIOSOTIS JONES - AUTORA

DISEÑADOR GRÁFICO: BIGGER PURPOSE, INC.

PUBLISHING BY BIGGER PURPOSE, INC.

© Miosotis Jones/Bigger Purpose, Inc. 2021

Primera Edición 2021

Capitulo 1 para distribución Promocional.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser copiada, traducida, grabada, publicada físicamente o de manera digital. Tampoco puede ser guardada en ninguna base de datos electrónica o física para distribución o acceso público sin la autorización legal y por escrito de la editora.

Publishing by Bigger Purpose, Inc.

8350 NW 52nd Terrace

Suite 301

Miami, 33166

ISBN 978-1-7357170-29



1

SIN ROPA Y SIN ZAPATOS

El miedo que sentí de que me llevaran a un hospital no fue porque le tuviera miedo a los hospitales, sino porque temía que llegar con una crisis nerviosa pudiera traer repercusiones terribles, como perder la custodia de los niños. Abner nunca dijo o hizo nada que me hiciera pensar que tuviera esa intención, pero ahora desconfiaba mucho de él, ya no sabía de lo que podría ser capaz. Todavía guardo un email que le envié a un amigo en común donde le decía: ni en un millón de años yo me hubiera esperado que Abner nos dejase a los niños y a mí.

Yo sabía que existían registros médicos del día que Abner llegó a casa y me encontró sin conocimiento, con el pulso tan bajo que tuvo que llamar al 911. Eso fue en el 2005. Abner ya era un médico en medicina familiar con experiencia, un trabajador tenaz que amaba su trabajo y pasaba mucho tiempo fuera de casa. Para esa época, Abner tenía 33 años, y ya no era el chico tímido que parecía invisible ante las chicas, ahora era un hombre realizado y seguro de sí mismo. Gozaba de libertad financiera, tenía un Cadillac último modelo, vivía en una casa de más de un millón de dólares, podía ir de vacaciones varias veces al año, salir con sus amigos a cenar y pagar la factura completa.

Nos encantaba hacer fiestas y recibir a nuestros amigos en casa. Muy a menudo, el grupo de los muchachos venían a la sala de juegos que teníamos en el sótano a jugar con la X Box, el billar y football de mesa mientras compartían una cerveza o un trago del bar.

En esa época, no existía la conexión de Internet XBox live, pero cuando construimos la



casa, Abner le pidió al electricista una conexión de cables entre la sala de juego de los niños y el teatro, de modo que pudieran jugar ocho jugadores al mismo tiempo.

Se divertían de tal forma que muchas veces los escuchaba reírse y gritar como chiquillos hasta altas horas de la noche. Pero sus amigos solteros perdieron el interés de venir a jugar a casa y comenzaron a visitar bares de bailarinas exóticas. Abner se unía al grupo de vez en cuando, al principio no me pareció nada malo, pero eventualmente pasó a ser muy a menudo. Cuando le reclamaba que él no podía tener vida de casado cuando fuera conveniente y vida de soltero cuando le diera la gana, él se justificaba diciendo que solamente era un observador, que no estaba haciendo nada malo porque no invitaba a las chicas a bailar para él. Esto se sumó al hecho de que ya venía resintiéndolo pues quería que pasara más tiempo conmigo y que estuviera más presente en la vida de los niños. A veces me sentía como madre soltera y otras veces como si mis hijos tuvieran dos madres, en lugar de un padre y una madre, pues muchas veces la madre de Abner ocupaba el papel de él en la vida de los niños. Abner siempre fue muy generoso con los niños y conmigo, teníamos todo lo que necesitábamos, lujos y mucho más, y en el tiempo que pasaba con nosotros era atento y cariñoso. Pero algo en él se había despertado.

El día que descubrí que Abner estaba teniendo algo con una chica que trabajaba en el bar de uno de esos clubs de bailarinas, fue la primera vez que toqué fondo emocionalmente.

La madre de Abner se había llevado a los niños por el fin de semana. Me sentía sola, cansada y exhausta, se me ocurrió que si dormía por varios días seguidos no pensaría en nada y, con suerte, cuando despertara todo habría terminado. Me tomé todas las pastillas que encontré que sabía que podrían dormirme.

Cuando dormí yo estaba en mi cama y cuando desperté estaba acostada en una cama de uno de los pasillos de un hospital. Una enfermera vino a decirme que alguien vendría a buscarme para que me viera el doctor. Le pregunté en que hospital estaba y a qué doctor



tenía que ver. Fue un alivio saber que no era el hospital donde trabajaba Abner y que el nombre del doctor no me era conocido.

Abner llegó un poco más tarde, me dio un beso y me tomó la mano.

—Pero, Mio, ¿qué has hecho? —preguntó con aire preocupado, pero yo retiré mi mano inmediatamente.

—¿Por qué me he despertado sola en el pasillo de un hospital? —le pregunté mirando a la pared.

—Como entraste por urgencia, seguramente no tenían habitación disponible. Lamento haberte dejado sola, pero tuve que irme, me tocaba trabajar el turno de noche. Tan pronto terminé, me vine directo para acá.

Un enfermero vino a buscarme, me llevó en silla de ruedas a ver al doctor. Me sorprendió que fuera un psiquiatra, nunca había estado en la consulta de uno y me dio un poco de miedo ¿Pensarán que estoy loca?, me pregunté. Me hizo algunas preguntas de rigor, luego me miró inquisitivamente y me preguntó:

—¿Por qué usted quiso suicidarse?

—¡No, no lo hice! —le respondí sintiendo un pinchazo frío en el estómago que me hizo llevarme la mano al vientre.

Recordé que antes de tomarme las pastillas había sacado de mi cartera las tarjetas médicas de los niños, las había llevado a la habitación de mi hijo y dejado encima de la cómoda. Luego, volví a mi habitación y me senté en la cama. Mientras me tomaba las pastillas, experimenté una sensación de tranquilidad al pensar que la madre de Abner cuidaría bien de los niños mientras yo no estuviera.

—Entonces, ¿por qué se tomó todas esas pastillas? —me preguntó el doctor con escepticismo.



Me limité a decirle que estaba teniendo dificultades matrimoniales, que me sentía exhausta y atrapada en una situación donde no sabía qué hacer. Que tomé las pastillas porque no estaba durmiendo bien. Que aproveché que los niños estaban con sus abuelos para dormir y descansar.

No recuerdo si fue el doctor que me preguntó si quería regresar a mi casa o si fui yo quien le dijo que no quería regresar.

—¿Tiene usted algún familiar o amigos a donde pueda ir por unos días? —me preguntó.

—No, no tengo familia en Canadá y mis amigos no saben nada de mis problemas.

El doctor me refirió a una casa de acogida para mujeres hasta que yo decidiera qué hacer.

Le comuniqué a Abner que no regresaría a casa con él, que iría a una casa de acogida para mujeres, hasta que decidiera qué hacer acerca de nosotros.

—Mio, no hagas eso. Tú no sabes las condiciones de esos lugares, no creo que vayas a estar mejor allí que en tu casa.

—No me iré contigo —le reiteré yo.

—¿Qué le voy a decir a mi madre? ¿Qué le voy a decir a los niños?

—No lo sé —le contesté. No había pensado qué tendría que explicarles mi ausencia.

Abner me prometió algunas cosas y terminó convenciéndome de que regresara a casa. Hablé de nuevo con el psiquiatra y acordamos que alguien del centro iría a mi casa a darme seguimiento.

No fue hasta que me dieron de alta del hospital, que me di cuenta de que no tenía ni ropa ni zapatos para ponerme. Me marché a casa vistiendo la bata azul del hospital y unas pantuflas de Abner que por suerte tenía en el carro.

Cuando llegamos a casa le pregunté a Abner por qué me dolía tanto el pecho. Entonces



me contó lo que había sucedido. Esa mañana, cuando él llego del trabajo, me encontró acostada, le sorprendió que aún estuviera dormida. Se dio cuenta de que algo no estaba bien, apenas me sentía el pulso, trató de hacerme reaccionar, pero no pudo y llamó al 911. Vino la ambulancia y me llevaron de urgencias al hospital. Allí me cortaron la ropa con una tijera y el dolor en el pecho se debía a que como apenas tenía pulso tuvieron que reanimarme.

Abner y yo nunca volvimos a hablar de lo que pasó.

La persona que mandaron a la casa a darme seguimiento era una chica joven con el pelo negro y unos flequillos que le daban cierto aire infantil. El primer día, yo la recibí con escepticismo pues dudé que alguien tan joven pudiera saber lo que yo estaba viviendo en ese momento. Para mi sorpresa, ella siempre se mostró muy profesional. Al principio de cada visita me hacía preguntas y tomaba notas y luego empezamos a hablar con más confianza. Me contó que era estudiante del último año de psicología y que le gustaba trabajar en ese centro, una organización sin ánimo de lucro para dar ayuda y apoyar a las mujeres en momentos de crisis. A Marie Eve y a todo el equipo de personas que dirige el centro y a todos los que contribuyen con él les estaré eternamente agradecida: quizá, sin ese apoyo, este libro no existiría.